

MUERTE DE SAGASTA. — DUELO NACIONAL

Ha muerto. Una larga vida, gloriosa y agitada, vida repleta con todas las ansias de la ambición; con todos los ensueños generosos que alientan en los hombres predestinados para mandar; caldeada con todos los fervores que encienden las luchas políticas en el pecho humano; iluminada a veces con los resplandores alegres del triunfo, otras con los tristes reflejos de las discordias trágicas; una vida acompañada en su carrera por el tumulto clamoroso de esfuerzos y desmayos, de combates y persecuciones, de ruinas y de victorias; una vida que corrió empujada por el rebelde espíritu de la edad contemporánea hacia las batallas donde se ventilaron los destinos de un pueblo grande; una vida que llegó en hora aún carente a su ocaso, ineludible declinación del existir a que nos arrastra el tiempo, entregándonos prisioneros a la vejez y envolviendo nuestro corazón y nuestra mente en la bruma de las oscuras tristezas y precursoras del fin irremisible, se ha extinguido. Sagasta ha muerto.

Así va labrando la Historia su palacio. Rivero, Ruiz Zorrilla, La Torre, Posada Herrera, Martínez Campos, Cánovas, Castelar, Pi y Margall, Alonso Martínez, cien de cuantos con Sagasta urdieron la trama de nuestra existencia nacional durante medio siglo, han ido desfilando ante los ojos de las muchedumbres que los combatieron o los adoraron. Uno tras otro han sufrido la caída irrevocable. Y las oleadas de las nuevas generaciones que arriban sin cesar, invasoras y solemnes, borran las huellas que aquellos dejaron en el mundo, desvanecen en los coetáneos la amarga sensación a sus almas llevadas por el acabamiento de los suyos, reemplazan a éstos con la impiedad de lo necesario, y hoy empujan poco a poco hacia el olvido, último e irremediable peccer. Los que eran ayer actualidad viva y palpitante, son hoy pasado; y el pasado es una tumba implacable que no devuelve sus muertos.

No hace un mes añadía nuevas páginas a sus anales de luchador. Presidente de un Gobierno quebrantado; jefe de un partido descompuesto, acometiendo las oposiciones reciamente. Y en sus mismas derrotas, en la esterilidad de sus supremos esfuerzos por retener cuanto de sus manos ya trémulas y débiles se escapaba, en la violencia con que se revolvía contra las punzadas de sus venimientos inconformes, brillaban aún como relámpagos aquellos fervorosos anhelos de lucha que fueron al través de sus años el resorte de su energía.

Las prerrogativas del tiempo son incontestables. Animábanle aún los legítimos afanes de sus tiempos de lucha. Faltábanle los medios de hacerlos vivir en la realidad. Aún en la última legislatura se irguió en el banco azul con joven ímpetu para formular su anatema contra los nuevos disidentes. De aventajada estatura y recta complexión; ancha y espaciosa la frente encastrada por cabellos ya de caduciente color; ojos rápidos y mirada perspicaz, cetrina la tez, abultadas las facciones; los labios gruesos, y el ademán pronto y elegante su postura de orador conservaba la sugestiva gallardía de los tiempos que fueron.

Rendíase su cuerpo a la enfermedad y no su espíritu a la flaqueza. Entregaba en cada hora de fatiga la vida que le restaba, y como si fuera un delito, siempre lo negó.

Había en los mismos ataques de sus adversarios trasuntos de la simpatía y del afecto en que está apoyada toda la obra de Sagasta. Producía sorpresa e inspiraba piedad aquel tesón con que el revolucionario de otro tiempo, en los años de su soledad, entregaba su reposo y su tranquilidad a las inquietudes y sobresaltos de la política. Había intervenido directamente en la vida pública durante cuarenta y ocho años; había gustado todas las alegrías de la ambición satisfecha; ocupado largos años el más alto puesto político; recibido todas las honras; otorgado todas las mercedes; escrito su nombre en la historia patria; agotado todas las sensaciones del combate, las acerbos y punzantes de la proscripción, las halagüeñas y embriagadoras del retorno triunfante; había vencido a vigorosos e ilustres adversarios, y había alcanzado su prestigio a alturas donde no llegaban, por arcano don de su estrella, la espuma de las borrasas en la conciencia del país promovidas por sus propios infortunios de gobernante.

Cuando llegaron los días de la vejez, rechazó el reposo. Admiraba en él y suspenso el ánimo aquella intrépida decisión con que renunciaba a la dulce calma de su hogar, donde gustase, libertado del afán incesante, la melancólica satisfacción de escuchar desde lejos el rumor de la vida pública que fué campo de sus empresas. Brindábanle fervorosos amigos con apacibles residencias en las costas levantinas y en los campos andaluces, sosedados retiros que prolongase, en la quietud de un ambiente benigno, su vacilante existir.

Y todo lo rechazó. No hace dos días comunicaba su resolución de resistir en Madrid todo el invierno. Aprestábase a un período de activa agitación electoral. La muerte, tanto tiempo recelada, le asaltó impensadamente. Su obra ha concluido. No es tiempo de juzgar su influjo sobre los destinos patrios. Lo tuvo y grande. Ha sido contradictoriamente apreciado. Ningún hombre de su tiempo ha sobrellevado tantos años como él la responsabilidad de la gobernación. Acanalando unos nuestras desventuras; afirmando otros que por él no fueron mayores.

Quizás edificó en nuestra vida pública menos que otros; pero combatió más que

ninguno. Cuando el rumor de sus contiendas se acallan, podrá oírse la voz de la justicia al estudiarle. Aun caliente su cadáver, sería impío. Descanse en paz. Nosotros expresamos hoy la pena que lleva a nuestros pechos la desaparición de una figura preeminente, y nos basta. Otras ansias solicitarán en la vertiginosa sucesión de los días nuestro pensamiento y nuestra pluma. Pero no vendrá el olvido tan pronto que desvanezca nuestro piadoso empeño de renovar su memoria, porque los nombres de los muertos ilustres brillan perdurables en el azul glorioso e infinito.

El 14 de Julio de 1855 recibió su consagración, lanzándose de lleno a aquellas memorables luchas que agitaron la sociedad española, conduciéndole al triunfo de la revolución del 68.

Durante ese período, Sagasta desplega todas las cualidades que más tarde habrían de imprimir sello característico a su tarea como gobernante. Entonces llega a aquellos radicalismos de pensamiento, siempre consignados en el credo de su partido, más como empresa de su escudo, que como estipulación y compromiso con la realidad. No se necesita ciertamente—escribía Morote hace dos años en la revista *Nuestro Tiempo*—de un gran esfuerzo del espíritu crítico y observador para advertir en el Sagasta del 54 los mismos rasgos que forman hoy su especial fisonomía política y oratoria; las hermosas frases y las vulgaridades; las salidas de tono desconcer-

te a los sagrados e inalienables derechos individuales de la personalidad humana y el que indulta al general Villacampa, acto el más político que haya realizado gobernante alguno en España; el de «no hay que disputar por la Diputación única, por que esta no tenemos seis, una en cada provincia», discutiéndose las reformas autonómicas de Manresa en Cuba, cuando estaba resuelto a no otorgar ninguna, y cuando además el problema estaba en eso, en que fuera única y a modo de Parlamento, y el que se deshace por el ridículo de todos los aspirantes a la dictadura militar de Serrano o Cassola, pasando por Martínez Campos y López Domínguez; el del «croscior», y el que preparó la muerte de la Izquierda.

Sagasta ha sido maestro sin rival en las artes políticas, entendidas en su más estrecho y angosto sentido. Advertía Canalejas en un

ninguna impopular. Tal vez pudiera afirmarse con verdad, que en vez de suggestionar él a las muchedumbres, como aparentan sus hechos, las muchedumbres le suggestionaban a él.

SAGASTA ÍNTIMO

El comensal desconocido

Lo decíamos ayer en uno de nuestros alcances: Sagasta ha sido hasta su muerte uno de los hombres más sugestivos y que mayor simpatía han despertado. Así es que la vida íntima del insigne hombre público está llena de curiosas anécdotas, muy conocidas casi todas ellas, porque Sagasta era muy popular. Más liberal, más democrata todavía en sus

que demuestra el desdén con que, a pesar de su natural distinción, atendía en ocasiones a su indumentaria.

Había sido ya varias veces presidente del Consejo. Hallábase en tiempos de viva oposición. Abstemio en cavilaciones, extremaba su habitual displicencia en ciertos pormenores de la toilette. El sombrero, especialmente, requería entonces un inmediato reemplazo. Don Práxedes no se cuidaba de ello. Rodeado de algunos de sus amigos, paseaba ostentando con desgarro su chafadísima chistera. Los acompañantes solían reparar en ello, sin darse por advertidos.

Un día, Carreño se propuso reparar aquella negligencia. Conocedor del carácter de Sagasta, contaba para su propósito con el natural abandono del ilustre político para dejar hacer en todo aquello que no le interesaba de un modo principal. Salieron a pasear. Carreño le condujo, distrayéndolo con su amena conversación, hacia la Puerta del Sol. Al pasar junto a la sombrerera de la Alameda le hizo entrar, Sagasta entró. Creía de buena fe que Carreño iba a comprarse un sombrero; del suyo no se preocupaba. Cuando Carreño le quitó de sobre la cabeza el sombrero, Sagasta, indiferente y risueño, le dejó hacer. Probáronle algunos. Pusieronle uno al fin, nuevo, flamante. Sagasta, siempre risueño, salió a la calle, recobró la compañía de sus amigos y reanudó la conversación. Un amigo le había, por fin, reemplazado el sombrero.

Casi siempre de chaqué

Sagasta se ha puesto muchas veces el uniforme y el frac; pero nunca la levita, prenda casi siempre indispensable para los hombres de Parlamento, prefería el chaqué, como Cánovas los cuellos bajos y las levitas de largas mangas.

Los platos que le gustaban

Sagasta no era ciertamente un gourmet. Prefería para su mesa la cocina nacional; pero no con la suntuosidad de Castelar, que recibía de las regiones españolas los mejores productos. Sagasta se entorpecía pocas veces de lo que iba a comer; y celebraba un plato a la vizcaína y un par de huevos fritos, como si fuera un plato de foto-gras.

Origen del tupé

No hace aún mucho tiempo explicaba el señor Sagasta por qué habían dado los caricaturistas en dibujarle siempre con tupé.

Decía que un dibujante de Barcelona, del periódico satírico *La Flaca*, vino a la corte con el encargo de hacer el retrato de los hombres políticos. Eligió el Congreso como sitio más apropiado para hacer la suya, y se sentó en la tribuna. Aquí dejamos la palabra al propio D. Práxedes. «En el instante en que yo, que discutía entonces con los republicanos, les dirigía un apóstrofe enérgico, y en un movimiento rápido, de cabeza se me ahorró y levantó el pelo. El caricaturista tomó al instante en aquel instante; y como *La Flaca* circulaba mucho, y la caricatura resultó afortunada, quedé condenado a verme siempre reproducido en esa forma.

Sagasta tiró calvo

Pocas son las personas que saben que Sagasta, a quien el lápiz y la fotografía representaban con la cabeza cubierta de abundantes y rectos cabellos porques, en efecto, los tenía, conservándolos hasta la edad provecta, fué en un tiempo completamente calvo.

A los veinticinco años de edad dirigía unas obras en Zamora, y estando en el campo descargó sobre él una fuerte tormenta, de la que no pudo librarse por no haber en los alrededores sitio en donde evitar la lluvia. De resultas sin duda de la mojadura, el Sr. Sagasta perdió al siguiente día todo el pelo, en términos de no quedarle uno, según él contaba.

Vino el Sr. Sagasta a Madrid muy apenado, y un célebre peluquero que había en la calle Mayor le hizo una peluca confeccionada con el mayor arte.

Ese mismo peluquero le recetó infinidad de medicamentos y específicos para hacer brotar el pelo nuevamente; pero todo fué inútil y el Sr. Sagasta regresó a Zamora con su calva, sin esperanza alguna de verla otra vez poblada; hasta que un médico que vivía con el Dr. Cañela le aconsejó lavarse frecuentemente la cabeza con jabón de Mora. Al mes de seguir este consejo el Sr. Sagasta recobró el pelo, y a eso aludía no pocas veces cuando notaban alguien el vigor que sus cabellos conservaba, a pesar de los años, respondía jocosamente:

«No he de tener buen pelo, si mi pelo tiene veinticinco años menos que yo!

Esta anécdota es una de las varias que allí por el mes de Julio último narraba el propio Sr. Sagasta en el estudio del insigne Mariano Bonifacio durante las tardes consagradas a una obra de arte que perpetuará en bronce el busto del gran tribuno.

EPISODIOS

Bombardeo del Congreso

Sabido es que en la última sesión de las Cortes Constituyentes bombardeadas el año 1856 dió el Sr. Sagasta una muestra de serenidad y de valor que se ha recordado muchas veces en elogio suyo.

El *Diario de Sesiones* del Congreso relata el incidente como sigue:

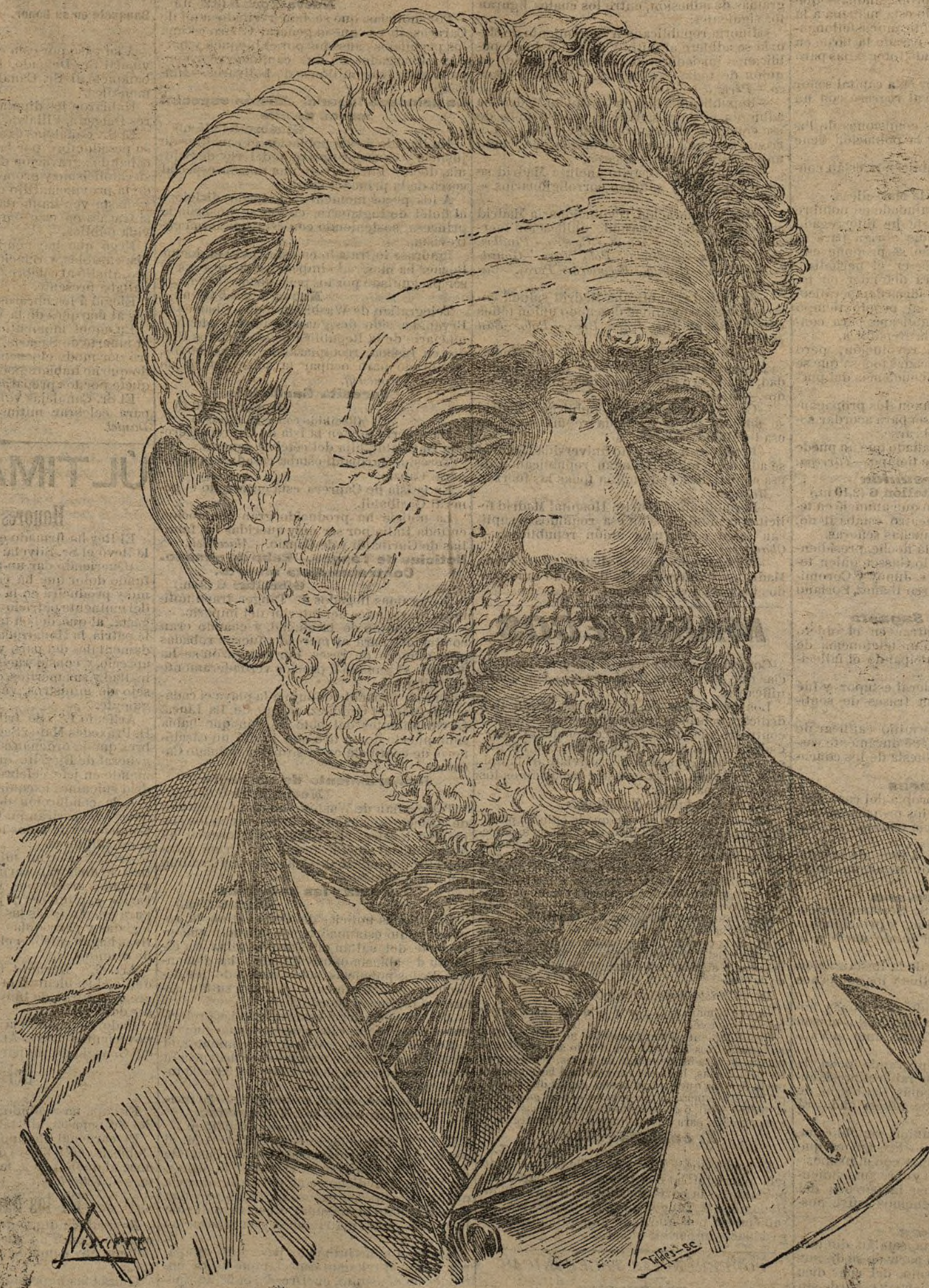
«Continuando un horrible fuego de cañón y de fusilería, subió a la mesa el Sr. Pastor, como de mayor edad, y apenas hubo tomado asiento, llegó el señor vicepresidente Portilla y ocupó la presidencia. En este momento, y siendo cada vez más nutrido el fuego y penetrando cascos de granada en algunas habitaciones del Congreso, entró un orador en sesión, que cayó en el tercer banco detrás de los ministros junto al Sr. Sagasta, y cayeron sobre la mesa donde estaba sentado, a la derecha, el secretario González de la Vega, los gruesos cristales de la ventana por donde el caso de granada había entrado.

El caso y los cristales fueron recogidos, y el Sr. Sagasta pidió que el hecho constase en acta.

A este relato del suceso, agrega D. Luis Morote en su estudio de Sagasta:

«Y como en aquellos instantes se produjeron la natural confusión y algunos diputados parecían dispuestos a salir del salón, Sagasta pronunció unas palabras memorables que, escritas están en el *Diario de Sesiones*, y que se adelantaron en algunos años a la frase y al gesto de M. Brisson en la Cámara de Diputados francesa, al caer de lo alto una bomba.

«Sagasta dijo: «El movimiento de dispersión, diciendo con sencillez:



SILUETA POLÍTICA

Puesta la atención sobre las páginas de la vida de Sagasta; leídos los hechos de su biografía; repasados los instantes más decisivos de su existencia; las anécdotas, las frases felices y los dichos agudos, las actitudes gallardas que engalanan su historia, el juicio se confunde y emborrazza. En Sagasta todo es contradictorio: sus palabras y sus resoluciones. Añázanse en su espíritu las más opuestas cualidades con tal complejidad, que desorienta a sus contemporáneos, y hechizo a sus amigos, y alucinó a sus adversarios. En esa diversidad de aspectos espirituales estráb siempre su estrategia política, tantas veces victoriosa. Y quizá en ese interno antagonismo de sus convencimientos y de sus resoluciones, se adivina su habilidad para el combate, y aquella ágil flexibilidad de espíritu con que sortea las dificultades por la realidad y por las propias imprevisiones suscitadas a su obra de Gobierno.

Cuando el año 54 aparece Sagasta por primera vez en las Cortes, Sagasta se inicia en la vida pública más como ingeniero que como político. Llévase a las comisiones técnicas. Forrocariles y obras públicas, emprendidas en aquel tiempo, llevan su aprobación como diputado.

No había transcurrido mucho tiempo cuando se distinguía como hombre de cierta miranda en los negocios políticos. Y comenzó a cavar su reputación, que en el memorable

tantes y los arranques de tribuno; los descabrimientos de Pero Grullo, gobernante, ó de *Gasón*, diputado, metido a filósofo y los atiborzos de la realidad dignos de un hombre de Estado, y, en fin, la mezcla de dotes extrañas y contradictorias, excelentes unas, muy comunes otras, de singular atractivo todas, que le han convertido en una especie de ministro perpetuo, uno de España por más tiempo que ninguno, siete veces presidente del Consejo de ministros.

Es ya el año 54 el de «tengo unas calabazas puestas al humo, al primero que pase se las emplumo», joya literaria que no admiraron bastante sus oyentes, y el de «yo siempre he de caer del lado de la libertad», frase histórica digna de un Gambetta ó de un Gladstone cuando se cumple; el de «no por mucho maldugir amanece más temprano», con que asombró a Gamazo, que esperaba del jefe y para que continuara siendo el jefe de la política económica, y el de «Cataluña es el hervido de España», afortunado y elocuentísimo apóstrofe que acreditó sus felices improvisaciones; el de «los tres núcleos de insurrección en Cuba», que es algo así como el descubrimiento de un Mediterráneo, y el de las «Cortes asus deshonradas que nacidas», con que mató a S. B. hubiera querido ser presidente del Consejo, y el de la burla del gran Martos, y el del discurso en homenaje al teniente Ruiz, en el que fué superior, por su notable senilidad, a todos los oradores de la Cámara.

El de los derechos inaguantables refiriéndose a los señores resoluciones desahucadas; pero

elocuentísimo discurso, que bajo la presidencia de Sagasta los ministros parecían arrastrados por el desastre de sus programas, mientras aquel permanecía incluído como si esos programas no hubieran estado integrados en la vida de todo el Gobierno.

Así ha asistido desde el poder al naufragio de muchas representaciones políticas, naufragios a veces tan grandes que sólo sobrenadaba la de él. En sus manos ha sufrido la nación las más crueles pérdidas en todo tiempo, pérdidas de las que pocas veces—justo es decirlo—ha sido suya la principal responsabilidad.

Y si transitoriamente ha experimentado los enojos de la opinión pública, a veces con tanto vigor que se le pronosticaba el definitivo alejamiento del poder, ha vuelto siempre al mando rodeado de las aureolas de la popularidad y como símbolo de las más fervientes esperanzas.

Este fenómeno político es la característica del paso de Sagasta por la vida pública. Podría creerse sugestión de las multitudes, pero se creería con error. Y en desconfiarlo está el secreto de la habilidad de Sagasta.

Su condición sobresaliente, su cualidad más despierta era la finura instinto para ponerse en comunicación con el alma popular. No era la obra la reflexiva del pensador; la consecuencia arrebatada a sus concepciones por el estadista, era don natural; atributo ingenuo, que ponía en misteriosa comunicación el espíritu del Sr. Sagasta con el espíritu de la multitud.

Así en su larga historia de gobernante, pue-

costumbres privadas que en sus programas y en sus discursos, era tan proverbial y tan amable su llaneza, que nadie encontró obstáculos, ya fuera cuando ocupaba el poder, ya en los tiempos de la oposición.

En casa estuvo siempre abierta para todo el mundo sin distinción de clases sociales; siendo tal la facilidad del acceso que se cuentan el siguiente suceso.

Cierta noche, de aspecto bonachón y no mal trajeado, solía llegar precisamente a la hora de servirse la comida. Ocupaba su asiento en la mesa, y llegó a ser uno de los comensales más asiduos. D. Práxedes departía con él amigablemente. Llegó a considerarse como un amigo de confianza y a distinguirse con sus bondades.

Una noche llegó la hora de la comida y el comensal faltó.

«¿Qué le ocurriría a D. Fulano?»—preguntó Sagasta a su esposa.

«¿A quién?»—replicó ésta.

«A ese amigo vuestro—añadía el primero—que nos acompañaba a diario en la mesa.

«Al tuyo, dirás.

«¿Al mío? ¿Si yo no lo conozco?

«¿Pues por quién viene?

«No lo sabemos—dijeron todos.

«El comensal no era amigo de nadie. Nadie le preguntó, nada había dicho. Era amigo y comensal, por qué si.

La chistera vieja

Es muy conocida también entre la gente política la ocurrencia del ingenioso Carreño,

EN EL ESTUDIO DE BENLLIURE



—Continuemos en nuestros escaños con la misma serenidad que hasta aquí. Es nuestro deber.

La primera acta de Sagasta

Otro episodio de la vida parlamentaria del ilustre republicano recordará hoy los diarios de la mañana, a quienes ha correspondido el dar noticia del luctuoso acontecimiento y comentarlos en sus columnas.

Es también muy conocido, porque el mismo Sr. Sagasta lo refirió no pocas veces en el curso de su vida política. El *Imparcial* lo recuerda en los siguientes términos:

«Sagasta no sabía con quién entenderse ni a qué lado de grupo acomodarse; y en sus proporciones sorprendió este aviso. Todas las actas de Zamora han sido aprobadas, menos la de usted. La de usted es declarada grave. Y sobre el modesto diputado, cayó esta otra advertencia de mayor calibre: La Comisión quiere proclamar al general Ametller.

El general Ametller era nada menos que el jefe supremo de la Milicia Nacional.

Sagasta refirió como nunca gracia este primer episodio de su vida parlamentaria.

—Mi apuro fue terrible. Ametller andaba por el Congreso con su gran escudo de general y su faja de miliciano, arrastrando el sable y sonando las espuelas, en medio de la más grande expectación y del mayor respeto por parte de todos los diputados. Era, en una palabra, una figura principal en aquel escenario tan pintoresco como tempestuoso. ¿Cómo podría yo intentar la lucha? Pasó tiempo, llovió de acá para allá. Nadie atenta más a las actas. El dictamen de la Comisión no se leía nunca. Estaba muy cerca del aburrimiento, cuando un día, sin que nadie me previniera del trance, dice el presidente: Dictamen sobre un acta de Zamora. — Y el general Ametller, autorizado para hablar, se levanta y pronuncia contra mí la más fogosa de las arengas.

«Qué representa—decía—el Sr. Sagasta en Zamora? Allí es un desconocido; en algunos pueblos, en la imposibilidad de pronunciar el nombre, se le llaman solo: el del puente. Es lo único que saben de S. S. que ha hecho un puente como ingeniero, lo cual no es un mérito extraordinario para venir al Congreso. Acabada la tremenda filípica, el presidente dijo: El Sr. Sagasta tiene la palabra; y al oírlo me dió calor y me dió frío y creí que sobre mí iba a desplomarse el edificio. Yo no había hablado jamás en público. Tenía, además, la hostilidad de los tribunas llenos de milicianos, que acababan de aplaudir a su general. No podía contar con la simpatía de la Cámara, porque en ella era yo completamente ignorado. Sin embargo, me levanté y comencé como Dios quisiera. El Congreso estaba poco atento; pero de repente, herido por las exageraciones del general Ametller, olvidó el público y, perdiendo todo temor, digo: S. S. asegura con cierta sorna que soy un desconocido en Zamora, y que por serlo me llaman «el del puente»; podrá ser que no me nombren de ese modo, siempre muy honroso para mí lo que yo no sé, en cambio, es que el general Ametller le llamen «el de la batalla», porque S. S. no ha ganado en su vida ninguna. Aquella salida, hecha y dicha con desenvoltura y con calor, me ganó el ánimo del público. —Y al final de la sesión entré de lleno en la vida política. Era ya diputado.

Por qué fué diputado

Reflexos de Sagasta que dirigiendo obras públicas como ingeniero observó, entre las brigadas de penados que bajo su dirección trabajaban la presencia de un muchacho de aspecto distinguido, a quien una tragedia de celos había llevado al presidio.

Expuesto aquel infeliz a los más duros trabajos, movió a compasión al Sr. Sagasta, quien deteniéndose un día ante él le dijo:

—Me han advertido que es usted abogado, y que está aquí de resultados de un crimen, hijo de la pasión. Sé también que antes de cometer ese crimen era usted un hombre de intachable conducta. ¿Quiero usted pasar a la oficina como escribano?

El joven aceptó aquella oferta, que era su redención, y la familia del infortunado, hoy influyente en el país donde residía, fué la que venciendo la resistencia de Sagasta le indujo a presentar su candidatura, la apoyó con ahínco y consiguió llevar a las Cortes Constituyentes del 64 al que más tarde había de tener en sus manos los destinos de España.

Recuerdos de un Carnaval

Varias veces ha narrado el Sr. Sagasta un suceso, cuya impresión se renovaba en él todos los años en la época de Carnaval.

Afin no era ingeniero de Caminos, pero estaba ya para terminar la carrera, cuando un Martes de Carnaval que andaba de humor muy triste se dirigió al Retiro, lugar entonces tan solitario, huyendo del bullicio del Prado y de la alegría loca de las gentes.

Allí, a poco de entrar, vio a un hombre sentado en un banco, con cara de sufrimiento. No habían transcurrido más de dos o tres minutos desde que Sagasta pasó cerca del sujeto, cuando oyó una detonación; dirigióse al sitio de donde había partido, y vio que aquel infeliz acababa de suicidarse.

Como llegaba hasta el Retiro el eco de las alegrías carnavalescas, decía el Sr. Sagasta que le impresionó tanto el contraste, que jamás pudo olvidar aquel triste suceso en los días de Carnaval.

La protesta del estudiante

Otro episodio de la vida de Sagasta, recordado por el *Liberal*:

«En 1848, con motivo de la revolución habida en Francia, que amenazaba repercutir en todas las naciones de Europa, el Gobierno español empezó a tomar precauciones para sostener el orden y la Monarquía. La efervescencia revolucionaria se extendía, dando aliento y vida al sentimiento de libertad que abrigaba el pueblo, y el Gobierno empezó a temer seriamente una revolución que parecía inevitable.

Con objeto de contrarrestar los trabajos revolucionarios y fortalecer la Monarquía, varios particulares identificados con la situación, algunos que tenían el empuje de las ideas democráticas y las corporaciones oficiales, ofrecieron su adhesión al Gobierno. Si

guiendo el ejemplo de los demás centros docentes, los profesores y alumnos de la Escuela de Ingenieros elevaron un mensaje de adhesión a la Reina. Sagasta fué el único alumno que se negó a suscribir dicho documento, evidenciando así cuáles eran sus opiniones políticas.

DATOS Y RECUERDOS

La Reina y Sagasta

Público es el afecto con que S. M. la Reina madre distinguió siempre al primer presidente de la Regencia.

Por esto no podrá extrañar que el día de Año Nuevo antes, que ninguna otra, llegase a oídos del Sr. Sagasta la felicitación de la Reina, quien tuvo especial empeño, y así lo declaró a las personas que lo rodeaban, en adelantarse a todo el mundo en aquella expresión de afecto.

La Reina llamó al teléfono y se puso en comunicación con la casa del Sr. Sagasta, pidiendo que éste se acercase al aparato.

El Sr. Sagasta, que en aquellos momentos se encontraba ya bajo el peso de una visible exacerbación de su dolencia, hizo toda clase de esfuerzos para satisfacer los deseos de S. M., pero no pudo comunicar con ella.

En esta circunstancia vio la Reina con un poco de sentimiento un indicio de que el estado de su antiguo primer ministro era más grave de lo que se suponía por la fecha a que nos referimos.

Los hijos de doña Eulalia

El Sr. Sagasta escribía ya muy pocas cartas. Las más recientes, son tres de su puño y letra.

Una fechada el 17 de Diciembre y dirigida al embajador de España, en el Quirinal, don Cipriano del Mazo, a quien una con el jefe del partido liberal antigua y muy estrecha amistad.

Otra de igual fecha dirigida al nuestro embajador en París, Sr. León y Castillo.

Y la última, que lleva la fecha de 23 de Diciembre, y que fué escrita a la infanta doña Eulalia.

La contestación a esta carta es verdaderamente curiosa y constituye una nota de ternura, que impresionó no poco al ilustre anciano.

La infanta se hallaba a la sazón enferma y no era ella, sino sus hijos, quienes daban respuesta.

Definida al Sr. Sagasta, poco más o menos, estas palabras:

«No pudiendo escribirle mamá porque está en cama, lo hacemos nosotros para no demostrar la contestación, pues aunque no conocemos a usted, lo queremos mucho, sabiendo que se interesa extraordinariamente en las cosas de mamá.»

Las últimas dedicatorias

El Sr. Sagasta dedicó, hace muy pocos días, dos retratos suyos: uno al Sr. Molina, juez de instrucción de Madrid, a quien profesaba gran afecto, y el otro, que fué el último, a M. Patenotre, exembajador de Francia en esta corte.

La reina doña Isabel

Será seguramente una de las personas que más sientan el triste fin del Sr. Sagasta, porque le profesaba singular estimación, exento su ánimo de rencores por lo mucho que el antiguo príncipe liberal contribuyera a derribar del Trono.

El motivo principal de este afecto, aparte la conducta que como político y gobernante había observado el Sr. Sagasta con la reina Isabel desde la Restauración acá, era de índole privada, y consistía en algún acto caballeroso del Sr. Sagasta revolucionario y conspirador, por virtud del cual ciertos papeles de interés habían caído a manos de la entonces reina de España.

Benlliure en la casa

El insigne escultor estuvo anoche por tres veces en el domicilio del Sr. Sagasta, y prolongó su última visita hasta conocer el triste desenlace de la enfermedad.

Lloró el gran artista la pérdida del político, no como tal, sino como amigo queridísimo, a quien el Sr. Sagasta dispensaba no menos afecto que admiración.

Apenas hace una semana que Benlliure anunció a D. Práxedes la entrega del busto que le había hecho, acto que el Sr. Sagasta tenía el propósito de celebrar con un banquete íntimo, sentando a su mesa al laureado artista. Sagasta estaba satisfechísimo de la obra, que es maravilla de parecido y de expresión.

Con la voz emocionada por el dolor, nos hablaba Mariano Benlliure de las cuatro sesiones que en el mes de Julio dedicó a su trabajo. Sagasta, todavía presidente del Consejo, hallábase entonces relativamente bien de salud, y se mostraba muy jovial. Las sesiones fueron de cuatro horas, y en ninguna de ellas se advirtió al jefe de los liberales la menor fatiga. Durante aquellos ratos daban conversación al Sr. Sagasta D. Natalio Rivas y el autor del busto, aunque más bien que dadas ellos gozaban con la de Sagasta, que amable y decididamente como pocas veces, entretenía las narraciones de su juventud y episodios de su accidentada vida pública.

Uno de los grabados que van en este número reproducen aquellas escenas del estudio de Benlliure.

Acabada la obra se sacó una fotografía, y al colocar el fotógrafo al Sr. Sagasta y a los Sres. Benlliure y Rivas, para retratarlos en la posición que nuestro grabado representa, el presidente del Consejo hizo un hermoso elogio del barro a que había prestado vida la mano del gran escultor español, diciendo:

—La gente que vea este grupo no va a saber cuál es la cabeza de Sagasta, si la hecha por Benlliure o la que llevo yo sobre los hombros.

El último discurso

«Pensaba yo, señores diputados, que tendría que debatir con el Sr. Muro, porque creía que S. S. iba a discutir sobre los temas aquí tratados, y sobre esos temas yo hubiera dis-

cursado con mucho gusto con S. S.; pero su sesera, en una oportunidad que no tiene nombre, ha venido aquí a tratar. (El Sr. Muro: Como aquello de las calabazas puestas al humo, de que hablaba S. S. Bien; pero ni aun eso pegaba en este momento (risas), porque el cantar dice:

Tengo unas calabazas puestas al humo y al primero que viene se las emplumo. Pero, ¿quién es el que ha llegado aquí?

Con una oportunidad que no tiene nombre, ha traído S. S. una cuestión que no debe traer nada, cualquiera que sean los ideales políticos a que se rinda culto y es muy de extrañar eso en el Sr. Muro, parlamentario antiguo, representante en Cortes desde hace mucho tiempo, republicano convencido, es verdad; pero, después de todo, los republicanos que son republicanos de orden, respetan las instituciones que se ha dado el país, porque si son democráticas deben respetar las instituciones que la mayoría de la nación se ha dado a sí misma. Yo extraño, repito, que una persona como S. S. tenga que recibir lecciones hasta de los anarquistas en este punto, porque aun los mismos anarquistas han tenido el buen acuerdo y la sensatez de respetar y de tributar muestras de consideración en esas grandes manifestaciones con que ha sido acogido el Monarca en todos los puntos por donde ha viajado. (El Sr. Lerroux: Serían anarquistas de alquiler.) ¡Si, anarquistas de alquiler son los obreros de Asturias y los de las otras partes que ha visitado S. M. (El Sr. Lerroux: Todos los obreros no son anarquistas.) Todos no lo son, pero los habéis el Sr. Lerroux lo sabe muy bien, porque son conocidos y no lo ocultan.

No se puede hacer eso, Sr. Muro, y además, en este momento, ¿qué razón tenía S. S. para conducirse de la manera que lo ha hecho? ¿Tenía S. S. de parte, no digo yo del Monarca, sino de parte de sus ministros, algún agravio que vengas? ¿Es que el partido repu-

licano se siente más perseguido, o se siente perseguido, poco más o menos no puede ser, porque no lo está de ninguna manera? ¿Qué motivos tiene S. S. para venir a traer aquí cuestiones que son de grandísima importancia y peligrosas?

Todo lo demás que S. S. ha expuesto, importa poco ante la transcendencia que pudieran tener sus palabras, si sus palabras salieran de este recinto; afortunadamente las palabras de S. S. no salen de estos muros; tal es la oportunidad y la injusticia con que su señoría las ha pronunciado.

En castigo, pues, de lo que S. S. ha hecho, no voy a discutir con S. S. las declaraciones que han servido de base a su discurso. Si el Sr. Muro hubiera obrado de otra manera, yo las hubiera esclarecido hasta el punto de satisfacer los deseos de S. S.; pero el Sr. Muro no merece hoy de mí parte nada.»

Recidentes que han permanecido en el secreto

Vamos a referir a nuestros lectores, con la absoluta confianza de que es verídico el relato, dos o tres hechos que en los últimos meses de la vida del Sr. Sagasta pasaron ignorados, no sólo para el público, sino para el mundo político, los cuales, a la vez que revelan la fuerza de voluntad de aquel ilustre hombre a quien la Patria acaba de perder, dan idea de los sufrimientos que ha tenido que soportar para sobreponerse a su enfermedad y cumplir los altos deberes de su cargo.

Pocos días antes de la jura del Rey el señor Sagasta se sintió acometido de una especie de colapso en ocasión que bajaba por el ascensor de su casa. Alguien que le acompañaba, y que excusado nos parece añadir que era persona de su mayor intimidad, le hizo tomar un silla en la que se sentó al portal y ver al Sr. Sagasta que le aguardaban varios periodistas para interrogarlo, sacó fuerzas de flaqueza, como suele decirse, e irguiendo el cuerpo se presentó ante nuestros compañeros sonriente y con apariencias de la más perfecta salud.

El día mismo de la jura del Rey no pudo mantenerse en pie sino tomando de continuo y disimuladamente la cafetina; pero el Sr. Sagasta se encontraba aquel día tan mal, que en la iglesia de San Francisco le fué imposible dominar su dolencia, y todo el mundo pudo observar que tuvo que sentarse para lograr algún descanso, contraviniendo los rituales de la etiqueta.

Igualmente pasó inadvertido que una de las tardes destinadas por el Congreso al último debate político y en que por cierto el señor Sagasta pronunció después un discurso que no denudaba su flaqueza, estuvo cerca de un cuarto de hora detenido a la puerta del Congreso sin poder aparecer del carruaje; tal era su escasez de fuerzas al llegar a la Cámara popular.

Ya dentro del salón de sesiones—no estamos ciertos si aquella misma tarde o otra de

las del debate—se vio acometido de un nuevo colapso, que pudo también disimular, pero que no le permitió pronunciar más que unas cuantas palabras en respuesta a los ataques de la minoría republicana.

Los que extrañaron entonces aquella insólita contestación dada por el Sr. Sagasta al discurso del Sr. Muro, se la explicarán ahora leyendo estas líneas.

Notas biográficas

D. Práxedes Mateo Sagasta nació en Torrejilla de Cáceres, provincia de Logroño, el 21 de Junio del año 1827. Aficionado al estudio, se trasladó a Madrid en 1842, en que ingresó, en la Escuela de Ingenieros, afiliándose, casi al mismo tiempo, al partido progresista.

No había salido de la ciudad Escorial, cuando la dirección de la misma, imitando a otras corporaciones, dirigió a la Reina, con motivo del movimiento revolucionario del año 48, un Francia, un mensaje de adhesión firmado por los catedráticos y alumnos. De éstos, Sagasta fué el único que se negó a firmar.

Hallándose ejerciendo su profesión en Zamora, como ingeniero jefe, formó parte de la junta revolucionaria al iniciarse el movimiento del año 54.

Como aliado al partido progresista, fué elegido por Zamora diputado en las Cortes Constituyentes del mismo año, pronunciando durante los dos años que tuvieron de existencia numerosos discursos, de gran efecto político.

Con éstos, y con sus trabajos periodísticos, robusteció y organizó el partido progresista.

En las columnas de *La Iberia*, de cuyo periódico fué uno de los redactores fundadores, defendió la conveniencia de una Monarquía constitucional, rodeada de instituciones democráticas.

Las campañas que hizo en *La Iberia* fueron numerosas, abarcando todas las cuestiones de la vida política que excitaban a la opinión.

Al terminar la vida aquellas Cortes, Sagasta era conocido en toda España como orador de lucha y de polémica; como verdadero tribuno, franco en el ataque, enérgico en el decir, bello en la frase, poseedor de un coracista y de una clara inteligencia.

Comandante de la Milicia de Madrid, ocupó Sagasta muchas veces su puesto, así al lado de sus compañeros de armas como en las Cortes al realizar O'Donnell la disolución de éstas a cañonazos, pues hallándose en el Congreso cayó un caso de granada, que recogió y guardó, pronunciando con este motivo enérgicas palabras.

Triunfante O'Donnell, se refugió en Francia, de que regresó pronto aprovechando los beneficios de la amnistía. A poco de su llegada a Madrid, fué nombrado profesor de la Escuela de Ingenieros, no abandonando por sus trabajos profesionales, los políticos. Volvió a *La Iberia*, de la que fué redactor jefe, y a la muerte de Calvo Asensio, director y propietario.

En 1859 fué reelegido diputado, haciendo en el Congreso, desde aquel año hasta el de 63, una brillante y activa campaña contra O'Donnell desde los bancos de los progresistas. En todos sus discursos se mostró ferviente partidario de todas las libertades, siendo el verdadero paladín de ellas en aquella época.

A la pluma de Sagasta se debió casi todo el manifiesto *A la Nación*, dado por el partido progresista en Septiembre de 1873, acordando el retraimiento.

Los esfuerzos de O'Donnell para arrancar a los progresistas del retraimiento, fueron inútiles, estrellándose contra la actitud de Sagasta, que patrocinaba el sistema revolucionario en las columnas de *La Iberia*, en las juntas de comité y en las reuniones secretas.

Consecuente con esa actitud revolucionaria, estuvo al lado de Prim cuando se sublevó éste en Villavieja el año 68, cortando el mismo Sagasta el puente de Fuentidueña para librarlos de la persecución de los carlistas.

Con Prim fué a Portugal y después a Londres, de donde pasaron los dos a Francia para reanudar con más ardor sus trabajos de conspiración.

Sagasta tomó a su cargo entenderse con los jefes de las brigadas de artillería, acuarteladas en San Gil. Para ello vino a Madrid y con gran exposición de su vida, logró que se sublevaran, el 22 de Junio del 68, los artilleros, secundados por el paisanaje. Fracasado el movimiento, y condenado a muerte, huyó a Francia, donde, al lado de Prim, de otros emigrados, preparó un nuevo movimiento.

Escribiendo artículos violentos contra la persona y la dinastía de Isabel II, reclutando gente y organizando planes sediciosos vivió desde el 68 hasta el 68 en tierra extranjera, desoyendo las proposiciones que los partidarios de D. Carlos le hicieron, para que apoyara su causa, a pretexto de que el pretenciente aceptaba la soberanía nacional. En 1868, días antes de estallar la revolución de Septiembre, llegó Sagasta a Gibraltar para esperar al duque de la Torre y otros generales, con los cuales desembarcó en Cádiz.

Triunfante la revolución, y organizado el Gobierno provisional, bajo la presidencia de Serrano, Sagasta obtuvo la cartera de Gobernación, siendo uno de sus primeros actos la declaración de guerra a los carlistas, que en 8 de Octubre del 68.

Verificadas las elecciones para las Constituyentes, fué elegido diputado por Madrid, Logroño y Zamora.

Sagasta, que había hecho las elecciones con sufragio universal, del cual se declaró partidario, así como de otras muchas reformas liberales, aplicadas en aquellos días, perdió, no obstante, su popularidad al combatir con mano fuerte a los republicanos, y al dirigir a los gobernadores, en Septiembre del 69, una circular que limitaba los derechos de reunión y asociación, afirmando el principio monárquico.

El 70, y cediendo a ruegos de Prim, dejó la cartera de Gobernación y se encargó de la de Estado, organizando completamente los servicios dependientes del ministerio, y celebrando ventajosos tratados de comercio.

El 17 de Diciembre volvió la candidatura de D. Amadeo por Rey de España.

En el Gobierno formado por Serrano con el carácter de conciliación, desempeñó sucesivamente las carteras de Gobernación, Hacienda y Fomento.

En aquel período de gran movilidad de los Gobiernos y de desorganización parlamentaria, que hacían imposible toda vida ministerial, Sagasta se vio obligado a presidir el Gabinete, disolviendo las Cortes el 72 y habiendo las elecciones generales.

Reunidas las nuevas Cortes, el Ministerio Sagasta quedó muy quebrantado por la discusión acerca de la transferencia de dos millones de reales al ministerio de la Gobernación para gastos de las elecciones y orden público, obligándole esto a presentar la dimisión.

Disueltas las Cortes por el golpe de Estado de París en 3 de Enero del 74, Sagasta volvió a formar parte de un Gobierno de conciliación presidido por el duque de la Torre, al cual sustituyó como presidente del Consejo, sorprendiéndole en el poder la sublevación de Sagunto, en que se proclamó a Don Alfonso XII.

A la Restauración, Sagasta se apartó por breve tiempo de la política activa; pero en Junio del 75 se declaró francamente alfonsino y organizó el partido constitucional, que le fue unido por jefe, mostrándose partidario de la Constitución del 69.

Tomó asiento en las Cortes del 76, combatiendo a los defensores de una nueva Constitución, haciendo ruda oposición a los ministerios conservadores que se sucedieron.

En 1879 formó con Martínez Campos y Alonso Martínez el partido fusionista que lo proclamó jefe, aceptando la Constitución del 76, pero con el espíritu de la del 69.

En 1881 obtuvo el poder y organizó un Gabinete liberal que, tras varias vicisitudes, acabó con su vida a mediados del 83.

En este período Sagasta devolvió sus cátedras a los que las habían perdido por causas políticas, señalándose por un amplio espíritu liberal en todos sus actos.

Su caída fué provocada por el alzamiento republicano de Badajoz y Santo Domingo de la Calzada, que dominó fusilando a varios de los sediciosos.

A la muerte de Alfonso XII fué llamado al poder, que desempeñó hasta Junio de 1890, dando consistencia al Trono con sus reformas democráticas, que trajeron como resultado el ingreso de los posibilistas en la Monarquía.

Uno de los actos que hizo simpática a la Regencia, fué el perdón concedido a Villacampa, aconsejado por Sagasta.

En 1892 fué nuevamente llamado a los consejos de la Corona, interviniendo en los sucesos de Melilla, que dieron al traste con el famoso presupuesto de la paz.

En aquella su etapa de Gobierno no fué esa la única calamidad que cayó sobre España. Además de los sucesos de Melilla, perdióse el crucero *Isabel Sagasta* y estalló en Baía la insurrección cubana, que en 1893 había de dar por resultado la guerra con los Estados Unidos y la pérdida de las colonias, terrible desastre que también le sorprendió en el poder, pactando las condiciones en el triste y famoso tratado de París.

Su último paso por el Gobierno y actos políticos, hallábase tan cercanos que no tenemos para que recordarlo, por considerarlo bien presentes en la memoria de los lectores.

Durante seis horas

Inquietudes y falsos rumores

Desde que cerramos nuestras ediciones de la tarde dejando con vida al ilustre enfermo, hasta que exhibió el último suspiro, transcurrieron seis horas de incertidumbre y de angustia, durante las cuales, y por momentos, fueron creciendo en Madrid la expectación y el dolor.

Más de una vez circuló en ese espacio de tiempo el rumor de que el Sr. Sagasta había dejado de existir, y hubo periódico que, sin tiempo ya para comprobarlo, lo recogió en sus columnas y lo envió a provincias.

De estas noticias hemos hecho proyección, la más solemne y persistente fué la que se produjo y llegó hasta nosotros a las seis y media de la tarde; pero sin causar perturbación en nuestras tareas periodísticas, porque a los pocos minutos, y antes de haber escrito una sola línea sobre el equivocado supuesto, pudimos averiguar que el Sr. Sagasta vivía aún.

No es extraño, sin embargo, que otros tardasen más en deslucir el error, porque los rumores a que nos referimos llegaron a contrar chocar hasta en los mismos familiares de la casa donde el Sr. Sagasta agonizaba, y un diario de la mañana dice que el propio portero del edificio llegó a cerrar, aunque por breves instantes, una de las hojas de la puerta, como es costumbre hacer en señal de luto.

A Palacio se transmitió también la noticia, produciendo el consiguiente pesar. El Rey, de varias veces había hecho preguntar por el estado del Sr. Sagasta, y en una de ellas dió encargo al Sr. Loriga de que escribiese en su nombre a D. Fernando Merino para expresarle el interés con que aguardaba noticias, volvió con el motivo indicado a pedir las y pudo enterarse de que no era cierta la del fallecimiento del ilustre paciente.

Se ha dicho que la carta dirigida a D. Fernando Merino era de puño y letra de S. M. I. S. M. Nos consta que quien la escribió y firmó fué el Sr. Loriga, pero no damos valor a estos detalles, ni nos extrañan tales errores en momentos de ansiedad general, semejantes a los que ayer pasaron sobre todos públicos y periódicos.

Lo cierto es que la creencia de que el señor Sagasta había muerto corrió por los hilos de teléfono y telegrafo, para provincias y para el extranjero, difundiendo tan rápidamente, que a las ocho de la noche llegaban a la morada del enfermo los primeros telegramas de pésame, y en el salón de Castellón, comenzado a la misma hora, un brutal arrebato de la pasión política, originaba la protesta unánime de republicanos y de carlistas.

Así no es raro que en Madrid, donde era aguardada con vivísima ansiedad la salida de los periódicos de la noche, algunos de ellos fuesen vociferados por sus vendedores con la muerte de Sagasta.

El hecho de que la creencia de que el señor Sagasta había muerto corrió por los hilos de teléfono y telegrafo, para provincias y para el extranjero, difundiendo tan rápidamente, que a las ocho de la noche llegaban a la morada del enfermo los primeros telegramas de pésame, y en el salón de Castellón, comenzado a la misma hora, un brutal arrebato de la pasión política, originaba la protesta unánime de republicanos y de carlistas.

Así no es raro que en Madrid, donde era aguardada con vivísima ansiedad la salida de los periódicos de la noche, algunos de ellos fuesen vociferados por sus vendedores con la muerte de Sagasta.

El hecho de que la creencia de que el señor Sagasta había muerto corrió por los hilos de teléfono y telegrafo, para provincias y para el extranjero, difundiendo tan rápidamente, que a las ocho de la noche llegaban a la morada del enfermo los primeros telegramas de pésame, y en el salón de Castellón, comenzado a la misma hora, un brutal arrebato de la pasión política, originaba la protesta unánime de republicanos y de carlistas.

Así no es raro que en Madrid, donde era aguardada con vivísima ansiedad la salida de los periódicos de la noche, algunos de ellos fuesen vociferados por sus vendedores con la muerte de Sagasta.

El hecho de que la creencia de que el señor Sagasta había muerto corrió por los hilos de teléfono y telegrafo, para provincias y para el extranjero, difundiendo tan rápidamente, que a las ocho de la noche llegaban a la morada del enfermo los primeros telegramas de pésame, y en el salón de Castellón, comenzado a la misma hora, un brutal arrebato de la pasión política, originaba la protesta unánime de republicanos y de carlistas.

Así no es raro que en Madrid, donde era aguardada con vivísima ansiedad la salida de los periódicos de la noche, algunos de ellos fuesen vociferados por sus vendedores con la muerte de Sagasta.

El hecho de que la creencia de que el señor Sagasta había muerto corrió por los hilos de teléfono y telegrafo, para provincias y para el extranjero, difundiendo tan rápidamente, que a las ocho de la noche llegaban a la morada del enfermo los primeros telegramas de pésame, y en el salón de Castellón, comenzado a la misma hora, un brutal arrebato de la pasión política, originaba la protesta unánime de republicanos y de carlistas.

Así no es raro que en Madrid, donde era aguardada con vivísima ansiedad la salida de los periódicos de la noche, algunos de ellos fuesen vociferados por sus vendedores con la muerte de Sagasta.

El hecho de que la creencia de que el señor Sagasta había muerto corrió por los hilos de teléfono y telegrafo, para provincias y para el extranjero, difundiendo tan rápidamente, que a las ocho de la noche llegaban a la morada del enfermo los primeros telegramas de pésame, y en el salón de Castellón, comenzado a la misma hora, un brutal arrebato de la pasión política, originaba la protesta unánime de republicanos y de carlistas.

Así no es raro que en Madrid, donde era aguardada con vivísima ansiedad la salida de los periódicos de la noche, algunos de ellos fuesen vociferados por sus vendedores con la muerte de Sagasta.

El hecho de que la creencia de que el señor Sagasta había muerto corrió por los hilos de teléfono y telegrafo, para provincias y para el extranjero, difundiendo tan rápidamente, que a las ocho de la noche llegaban a la morada del enfermo los primeros telegramas de pésame, y en el salón de Castellón, comenzado a la misma hora, un brutal arrebato de la pasión política, originaba la protesta unánime de republicanos y de carlistas.

Así no es raro que en Madrid, donde era aguardada con vivísima ansiedad la salida de los periódicos de la noche, algunos de ellos fuesen vociferados por sus vendedores con la muerte de Sagasta.

sus ojos en la idea de progreso para nuestras leyes, para nuestras costumbres cívicas, espíritu y salvaguarda de las libertades.

Ante Sagasta muerto, ante el cadáver de un hombre que consumió su existencia en la lucha por renovar nuestro ambiente político y por asegurar el nuevo derecho, los hombres amantes del progreso, del espíritu público, deben sumarse, unirse solidarios en la defensa y el mantenimiento del principio liberal; la hora es decisiva en la evolución de nuestras leyes. Motivos de discordia que antes pudieran ser felices, cuando un nuevo golpe ha herido a la familia liberal, no pueden ser. Grupos y caudillos, cuantos pudieran servir abnegadamente a la patria, deben olvidar aquellos motivos de diversos linajes que engendraron entre ellos disensiones, discordias y disgregaciones. La unión sería un homenaje a la memoria de Sagasta; pero sería aún más un tributo debido a la patria, a cuya salud importa esa unión.

La historia del patrio inolvidable que ha dejado de existir, puede servirnos de ejemplo y también de guía. Unir fuerzas fue su principal empeño; ensanchar el partido fue su constante propósito. En la reorganización que se avecina y se impone, eso debe ser el rumbo del partido liberal. Del Sr. Sagasta recibí el encargo de redactar un programa. No sé cuál será la suerte de ese encargo.

Pero las ideas que acerca de él anticipé, son las que mantengo. Creo que el partido liberal debe ampliarse, ensancharse, para abarcar todo el campo que media entre los confines conservadores y los lindes liberales. Así responderá a su misión; así prestará al país todos los servicios que el país tiene derecho a esperar de él; así será un instrumento de gobierno para realizar el progreso jurídico y político. De otro modo, no.

Concretar, precisar, detallar la obra menuda que ha de acompañar a esas líneas generales, no podría hacerlo aunque quisiera. Dejemos transcurrir años, que la viveza del pesar se amortigüe, y que el nombre de Sagasta quede como una piadosa memoria que despierte en quienes lo amamos, antes que sensaciones de duelo, sentimientos de veneración.

(POR TELÉGRAFO)

DE NUESTRO CORRESPONSAL

Roma 6 (10-50 m.)

El Sr. Moret, que se hospeda en el hotel del Quirinal, fué despertado esta noche por un camarero que le entregó un telegrama, dándole la noticia del fallecimiento del Sr. Sagasta.

A las nueve he estado en el hotel para hablar con el Sr. Moret, que me recibió inmediatamente, diciéndome lo que sigue:

«No puede usted imaginarse el dolor tan grande que me ha producido la noticia de la muerte de mi ilustre y querido jefe. Sagasta es insustituible. España llorará largamente su muerte.

Sagasta era hombre de méritos extraordinarios, y tenía en la nación un prestigio inmenso.

La Monarquía acudió siempre a él en los momentos más difíciles, y el pueblo confiaba en sus grandes talentos porque recordaba su patriótica historia.

Antiguo revolucionario, tenía grandes ideales de libertad.

Era inmensamente popular, sin haber nunca buscado los favores del pueblo.

Sabía desafiar las corrientes hostiles cuando el interés del país lo exigía.

Contaba con grandes simpatías en todas las clases sociales, en todos los partidos, aun entre sus más decididos adversarios.

Muerto Sagasta, es muy difícil decir cuáles serán los derroteros del partido liberal.

En España, como en otros países latinos, no existe una opinión pública ya formada: se hace únicamente una política de grupos.

Sagasta tenía unidos, en un solo y poderoso núcleo, las fuerzas del partido liberal.

La muerte de Sagasta traerá como consecuencia la disolución del partido.

Lo desaparecido de nuestro ilustre jefe tiene un aspecto más grave, por la proximidad de las elecciones.

Do éstas resultará un número considerable de representantes liberales, con los cuales se podrá formar un núcleo importante de oposición. Claro que esto depende de la actitud que en las presentes circunstancias adopte el Sr. Silveira.

No regreso ahora a España... ¿Qué haría yo allí? Quiero consolarme del dolor lejos de los ruidos y las pasiones de la política... V. Vettori.

Roma 6 (1-10 t.)

Además de los anteriores telegramas respecto de las declaraciones de Moret, amplío mi información con el texto íntegro de lo dicho por el ex ministro español, quien me ha honrado con unas cuartillas por él escritas.

Dice Moret: «La nación española pierde con Sagasta a un estadista irremplazable.

Formado en la lucha contra los errores del pasado, que trataba de resucitar bajo la monarquía de don Isabel II, tenía sentimientos de amor para la libertad profundamente arraigados en su alma.

Pero como la experiencia le había enseñado que sólo desde el poder se afirman las conquistas revolucionarias, aplicó todos sus esfuerzos para implantar las instituciones democráticas, que la civilización moderna reconoce como esenciales para el progreso.

Sólo consiguió de tal manera que cuando hay de democracia en España se le deba casi exclusivamente a él.

El primer Ministerio de la Regencia, que él presidió, llevó a cabo esa obra en medio de una tranquilidad y de una satisfacción desconocidas hasta entonces.

Por esto se explica que en todos los momentos difíciles la opinión lo enseñara como garantía y esperanza del país.

A él se volvió ansiosa de orden, cuando en 1873 la anarquía se había apoderado de España.

Su nombre salvó la legalidad a la muerte de Alfonso XII.

El sólo pudo mantener la paz pública a través de la terrible crisis nacional de 1898.

Por eso, al volver nosotros la vista atrás y recordar los últimos treinta años de nuestra historia política, se comprende la magnitud de la obra de Sagasta y se apodera del alma sentimientos de pro-

funda gratitud hacia el nombre del que supo consolidar la revolución de 1838, aumentando al propio tiempo los prestigios de la Monarquía.

A sus condiciones de estadista unía Sagasta igualdad de temperamento, dulzura de trato, sencillas costumbres que le ganaban el afecto de sus amigos y le aseguraban el respeto de sus adversarios.

Pero uno y otros se han equivocado en la apreciación de su carácter, atribuyéndole unos indiferencia, otros egoísmo. Sin duda el conocimiento profundo que tenía de los que le rodeaban y que transcendía al exterior, a pesar suyo, daban ocasión a esos juicios.

Para el partido liberal la muerte de Sagasta es una verdadera desgracia, sobre todo cuando el país se halla tan escaso de organismos de gobierno. No es hora, sin embargo, de ocuparse de la transformación que está llamado a sufrir. Ante los restos del gran patrio, sólo puede pensarse en el duelo de la patria y en la tristeza que reina en aquel tranquilo hogar, donde una hija modelo prolongaba, a fuerza de cariño, los días del glorioso estadista.

V. VETTORI.

LOS REPUBLICANOS

El mitin de Castellón

Salmerón jefe

TELEGRAMAS DE NUESTRO CORRESPONSAL

Castellón 5 (4-50 t.)

El Sr. Salmerón y los propagandistas que le acompañan han visitado esta mañana a la viuda del malogrado republicano castellonense González Chermá. Han pasado la tarde en el Grao, donde se han sacado fotografías para Blanco y Negro.

El diputado a Cortes por esta capital señor Gasset, los ha obsequiado al regreso con un espléndido lunch.

Han llegado numerosas comisiones de los pueblos de la provincia y la población tiene el aspecto de día de fiesta.

Lo cafés y centros republicanos están concurridísimos.

Por todas partes se oye la Marsellesa.

Salmerón, a quien le saludan en nombre del DIARIO UNIVERSAL y le he interrogado acerca de los proyectos que abraja para el porvenir, me ha dicho que se propone emprender activa propaganda en el periódico, el folleto y la tribuna, para defender en todas partes las redentoras ideas democráticas republicanas, trabajando al propio tiempo por llegar a la unión republicana para conseguir la instauración de la República.

Considera necesaria la revolución, pero antes de llegar a las barricadas piensa que se opere la revolución en la conciencia del pueblo.

En este momento se reúnen los propagandistas en casa del Sr. Gasset para acordar sobre el mitin que va a celebrarse.

Odón de Buen ha teleografiado que no puede asistir al acto por falta de tiempo.—Tárraga.

Empieza la reunión

Castellón 6 (2-10 m.)

Se ha celebrado el mitin que anuncié en telegramas anteriores. El teatro estaba lleno, viéndose en las butacas muchas señoras.

Comenzó a las ocho de la noche, presidiendo el diputado D. Fernando Gasset, quien tenía a su derecha a los Sres. Junoy y Corominas, y a la izquierda a Blasco Ibáñez, Soriano y Pérez Pastor.

La muerte de Sagasta

Momentos antes de entrar en el objeto del mitin se dió lectura a un telegrama de la Agencia Mencheta, participando el fallecimiento del Sr. Sagasta.

La noticia produjo general estupor y fué por todos comentada con frases de sentimiento.

Un individuo que se permitió calificar de «grata la infame» nueva, fué duramente castigado por la unánime protesta de los concurrentes.

Preliminares

Calmada la excitación propia del caso, aparecieron en el escenario los propagandistas, a los cuales la concurrencia tributó una ovación de delirio.

Poco después comenzó a usarse de la palabra el Sr. Gasset para pronunciar un breve discurso de presentación.

Rodrigo Soriano

Habló seguidamente el Sr. Soriano, haciéndolo por recordar que fué aquí donde nació a la vida pública.

Fustigó a los gobiernos de la Restauración a la vez que a los de la República, y los gobiernos de la República.

Crítico a Sagasta, diciendo que jamás hubiera podido creer que aquel viejo masón acabaría por inclinarse a la frente ante el Vaticano.

Dijo que si esto causa profunda pena, la mitiga la presencia del venerable expresidente de la República D. Nicolás Salmerón, de quien no teme afirmar que nunca abdicará de sus ideas.

Declará un hecho la unión republicana, añadiendo estas palabras: «Preciso es que surja del acto que celebramos con el propósito de llegar a la revolución y el reconocimiento de la jefatura única en la persona del ilustre patrio a quien tenemos entre nosotros».

Corominas

El distinguido periodista catalán dió una nota simpática, diciendo parte de su discurso a combatir el catalanismo, del cual dice que es una reacción encubierta y cobarde sin atrevimiento ni energía para salir al monte.

El catalanismo, en opinión del Sr. Corominas, acabaría muy pronto por la acción de un Gobierno energético y genuinamente español.

Blasco Ibáñez

Comparó el acto con el realizado por los suizos en tiempo de Guillermo Tell, mirando en Salmerón al héroe de aquel épico personaje.

Reconoció que los partidos republicanos están en decadencia a causa de sus divisiones, y proclamó como necesidad suprema la de unirse para llegar al anhelado triunfo.

No discutamos—dice—la forma; atengámonos a la esencia; implantemos la República, y luego se estudiará el modo de constituir la y lo que más pueda convenir a la patria.

Afirma que la unión del partido republicano servirá de base a la reconstitución nacional.

Combate las asociaciones religiosas, pidiendo la supresión absoluta de todas ellas.

El Sr. Lerroux terminó su discurso vitoreando la revolución, como procedimiento el mejor y más adecuado para instaurar una República eminentemente progresiva.

Discurso de Salmerón

Eran las diez y media cuando se levantó a hablar el expresidente de la República, quien para hacer uso de la palabra tuvo que esperar algunos momentos a que terminase la ovación con que fué saludado por el público.

Reproduzo lo más esencial de su discurso, que fué lo siguiente:

«Desde esta grandiosa tribuna democrática vengo a proclamar la firme resolución que abriga los republicanos todos de unirse bajo una misma bandera en aras del sacrosanto ideal común.

No se debe invocar en vano el nombre sagrado de la revolución, porque cuando se in-

voque, debe ser para realizarla en todos los órdenes y por todos los medios.

Es necesario llegar a la separación de la Iglesia y el Estado.

Los republicanos no debemos pensar en hacer obras de jacobinismo. Debemos poner siempre la fuerza al servicio del derecho.

Preciso que el Estado instituya la enseñanza laica. Es atentar a la conciencia humana, obligar a los niños a que acepten determinada religión positiva.

El regionalismo es indefendible cuando degenera en separatismo, pero nadie podrá negar que España está necesitada de una verdadera autonomía municipal.

Hay que llevar grandes reformas al régimen tributario para acabar con los latifundios.

Respondiendo a las aclamaciones del público, dijo que no era llegado el momento de proclamar jefaturas, sino de sacrificar las tendencias particularistas que impiden llegar a la unión de todos.

No admito clasificaciones dentro del campo republicano. Cuando hayamos instaurado la república y llegue el momento de clasificarlos, no me busqué entre los conservadores, sino entre los radicales.

Se proclama su jefatura

En medio de ruidosos y entusiastas aplausos, la concurrencia aclamó al Sr. Salmerón como jefe del partido republicano unitario, y el insigne orador, expresando su gratitud por estas manifestaciones, contestó, sin embargo, que lo importante ahora y lo único que debe preocupar a todos los republicanos, es el trabajar por el triunfo de la revolución. Luego dijo:—quien más haga será quien más merezca.

Entusiastas aplausos.

Antes de terminarse el mitin inició el proyecto de celebrar en Madrid una gran asamblea republicana.

También se dió cuenta de numerosos telegramas de adhesión, entre los cuales figuran los siguientes:

«Ministerio republicano Ayuntamiento de Madrid se adhirió al mitin y saludó a los republicanos iniciadores del mismo, deseando la unión de todas las fuerzas.—Catalina.—Baza.—Pérez del Val».

«Republicanos distrito Hospicio Madrid se adhieren al mitin y saludan a republicanos de esa comarca, a Salmerón, Blasco Ibáñez, Lerroux, Soriano, Junoy, Corominas, deseando unión republicana.—Moyra».

«Republicanos distrito Inclusa Madrid se adhieren al mitin y saludan a correligionarios.—Pérez del Val».

«Grupo federación revolucionaria Madrid adhirió al mitin acelerando unificación fuerzas republicanas.—Abas.—Cesero.—Pillitos.—Prieto.—Diaz.—Galindo.—Polo Vero.—González.—Morera.—Hidalgo Escudero.—Peral.—Carreras».

«Juventud republicana Madrid saluda a correligionarios de la localidad deseando unión todos los partidos.—López Brea.—Polo.—San Martín».

«Casino Unión republicana distrito Inclusa Madrid saluda republicanos de esa localidad, se adhieren al mitin, trabajan unión de todos.—Catalina».

«Casino Fraternidad Republicana Madrid se adhieren al mitin y saludan republicanos de esa localidad.—Dorado».

«Republicanos distrito Universidad Madrid se adhieren al mitin, felicitan republicanos de esa capital, deseando unión todas las fuerzas.—Moraga».

«Republicanos distrito Hospital Madrid felicitan republicanos en esa reunión y suplican salga salga concertada unión republicana.—Chavarrí».

«Republicanos unidos distrito Buenavista Madrid se adhieren al mitin deseando unión todos los partidos.—Pérez del Val».

MARRUECOS

Como han visto nuestros lectores, las noticias que se reciben de Marruecos son insignificantes.

Los periódicos de provincias empiezan a dedicar sabrosos comentarios al singular contraste que ofrece esta carencia de novedades con los relatos estupendos con los que se trató días pasados de soliviantar la opinión nacional. Para muestra recordamos los siguientes párrafos:

De La Libertad, de Valladolid: «No está lejano un caso en que la opinión pública atribuya responsabilidades a muy serio carácter a la Prensa periódica en asunto de importancia inmensa para la nación. Con fundamento ó sin él, que eso no hemos de discutir ahora—se acusó a los periódicos de haber empujado a los hombres políticos y de haber arrastrado a la masa popular por equivocados caminos con juicios impremeditados e informaciones ajenas a toda realidad».

Indispensable al doctor negro, lo ocurrido en la estación de que hablamos que ahora no puedan existir motivos o pretextos de ninguna especie para achacar a los periódicos cierto género de culpas».

De El Adelantado, de Segovia: «A ver si mañana... a ver si mañana... Y hoy lo mismo que ayer».

Decididamente los marroquíes no quieren darnos gusto. Nos hubiera convenido a los periodistas que la cosa hubiese ido de veras. Y más que a los periodistas, hubiese convenido a las empresas de periódicos que ya van haciendo gastos de consideración, sin esperar a ver si el teatro de la guerra era el teatro Real, ó el teatro Romea, por amor de la competencia, para que otros no se adelantaran».

El caud Mac-Olean

El caud Mac-Olean Harry Mac-Olean, que como jefe marroquí ha desempeñado un papel importante en la corte shenitana, llegó el 20 de Diciembre a Tánger procedente de Fez, no sabiéndose por qué dejó repentinamente la residencia imperial.—Fabra.

CONFERENCIAS TELEFÓNICAS

BARCELONA

A las 12.15 de la tarde.

Quirino Costa. Esta noche se verificará en el Pomento de la Producción Nacional una velada en honor del Sr. Quirino Costa.

El próximo lunes saldrá con dirección a Niza.

Paréceme que ha desistido de hacer su anunciada visita a Badalona.

Los huelguistas. Hoy se han formado algunos grupos en Sans, siendo disueltos por la policía.

Los huelguistas volvían a agruparse en otros puntos. Hasta ahora no ha ocurrido nada que sea digno de mencionarse.

Se dice que mañana intentarán ejercer coacciones, como hicieron ayer.

La aspiración de los huelguistas es llegar a la huelga general; pero se duda que lo consigán.

Las autoridades no dejan de tomar sus medidas para desbaratar semejantes planes.

BILBAO

ACCIDENTE A UN DIPUTADO

A las 12.40 de la tarde.

Al dirigirse ayer desde la oficina del Banco de Bilbao a la casa en que habitaba en el Campo del Volantín el diputado a Cortes D. Romualdo García, se desbocó uno de los caballos que conducían la berlina.

El Sr. García se arrojó del coche, produciéndose algunas lesiones.

Los caballos fueron detenidos por varios transeúntes, evitándose así muchas desgracias.

Esta noche se verificará la inauguración del Casino Rijoano.

Reunión importante. Ayer se reunió la Junta directiva de la Cámara de Comercio

para preparar los asuntos que ha de someter al conocimiento y aprobación de la asamblea general.

Entre dichos asuntos figuran la Memoria anual y la renovación de la Junta directiva y el proyecto relativo a las obras que han de celebrarse en la ría para facilitar la navegación y saneamiento de la misma.

Como esta cuestión es muy importante para Bilbao, creése que será favorable la resolución que recaiga en dicho asunto.

VALENCIA

A las 12.50 de la tarde.

Para Madrid. En el tren corto han llegado de Castellón el Sr. Salmerón y demás republicanos que le acompañaron ayer para asistir al mitin.

El Sr. Salmerón salió a los pocos momentos para Madrid, siendo recibido y despedido con vivas y aplausos por la multitud que invadía la estación.

24 de septiembre. En la calle del Embajador Pí han reñido dos sujetos, resultando uno de ellos gravemente herido.

Este ingreso en el hospital, y el agresor en la cárcel.

Recepción. Con motivo de la festividad del día, dirigiéndose a la Capitanía general Comisiones de jefes y oficiales de todos los cuerpos militares de la guarnición.

El tiempo. Aunque el día hallase despejado, hacia sin embargo, mucho frío, señalando el termómetro 5 grados sobre cero.

EXTRANJERO

TELEGRAMAS DE NUESTROS CORRESPONSAL

Perjuicios ocasionados por el bloqueo

Nueva York 5 (8-25 m.)

Por noticias que se han recibido aquí de Caracas, dícese que el general Castro estima los perjuicios causados por el bloqueo y barcos embargados en una cantidad representada por varios millones de bolívares.—Mindoleff.

La princesa fugada.—Misión especial cerca de ella

Ginebra 5 (8-15 m.)

Ha llegado a esta población el canciller de justicia y consejero privado del rey de Sajonia, doctor Bernier, con una misión especial cerca de la princesa Luisa.

A los pocos momentos de llegar dirigióse al hotel de Inglaterra, en que se hospeda la princesa, sosteniendo con ésta una larga entrevista.

Ignorase lo tratado en ésta, pues el doctor Bernier ha mostrado impenetrable reserva al ser preguntado por los periodistas.—Adam.

Nueva York 5 (12 m.)

Telegrafía de Washington que Charles P. Bryan ha sido designado ministro plenipotenciario de la República de los Estados Unidos en Lisboa, reemplazando a Mr. Loomis, nombrado para ocupar la subsecretaría de Estado.—Mindoleff.

Terresita Garibaldi

Roma 5 (2-10 t.)

Ha muerto hoy en la isla de Capri, Terresita Garibaldi, hija del célebre general.

Terresita Garibaldi estaba casada con el general Canzio.

En la isla de Capri se está enterrando el general Garibaldi.

La noticia ha producido gran conmoción en toda Italia por ser muy queridas las familias de Garibaldi y de Canzio.—Alcedillo.

Noticias de Tánger.—Robo de ganado. Contrabandista muerto.

Ginebra 6 (9 m.)

Telegramas llegados de Tánger traen noticias alarmantes del interior del imperio.

En el camino de la ciudad, y cuando eran conducidos para el mercado, fueron robadas gran número de reses. Por esta razón se ha cotizado el ganado a precios verdaderamente exorbitantes.

Un bote español condujo a la playa el cadáver de Manuel Ordóñez, vecino de La Línea. Los tripulantes del bote dijeron que había sido muerto de un tiro que le dió un carabonero, de centinela en el sitio denominado Cañón.

Nombramiento de un negro

Nueva York 6 (5 m.)

Telegrafía de Washington que, a despecho de la fuerte oposición que le han hecho los elementos locales, el presidente Roosevelt ha designado al doctor negro Mr. Crum para colector del puerto de Charleston (Carolina del Sur).—Mindoleff.

Turquía y las potencias

Roma 6 (7 m.)

Fidedignas noticias de Constantinopla, recibidas aquí esta madrugada, afirman que en la corte del sultán de Turquía reina un espíritu de abierta oposición hacia las demandas de las potencias, sobrecarga de los deberes que actúan, eleva el sultán sobre las regiones macedónicas.

Antes de acceder a estas demandas preferiría el sultán correr los riesgos de una guerra.

En previsión de graves acontecimientos, el Gobierno turco ha encargado la construcción de dos torpederos, 65 barcos y de 300.000 fusiles mauser.—Alcedillo.

El escándalo de los príncipes.—El matrimonio ante los tribunales

Ginebra 6 (6 m.)

El Sr. Borso, delegado especial de S. M. el rey de Sajonia, acompañado por el cónsul de Alemania en Ginebra, ha visitado a la princesa heredera de dicho reino para comunicarle que el príncipe su esposo ha entablado una demanda ante el tribunal especial, pidiendo la anulación del matrimonio y la separación de bienes.

También la ha intimado para que comparezca ante el tribunal especial que se ha de entender en el asunto, en Dresde, el 28 de Enero.—Adam.

Los amantes sin dinero

Bruselas 6 (7 m.)

M. Giron, el amante de la princesa Luisa, ha escrito a sus parientes que la situación económica de su amada es cada vez más difícil.

Aún conservaba 50.000 francos hace unos días, pero han todas que gastaba y la princesa Luisa se ha visto obligada a dejar el hotel y alquilar una pequeña villa en el campo.

La familia niega a Giron el dinero que éste pide con tanta urgencia.—Harry.

El rey de Sajonia mejora

Dresde 6.

Ha mejorado ligeramente el monarca en la enfermedad que padece